

# Prólogo

Tardé poco en leer este libro sobre la condición docente en Cali. Lo devoré con gusto e interés. En cambio, tardé mucho en escribir esta presentación con la que me han honrado, porque no es fácil ser cuidadosa en la presentación de un libro tan rico en datos, ideas y descripciones.

La bibliografía sobre el oficio docente es diversa y dispersa, y más bien escasa en el contexto local, ese es el primer valor del libro: nos ubica en el contexto cercano, y esa es una gran virtud, nos habla al oído sobre el oficio de los y las docentes en Cali, esta ciudad diversa, plural y desigual que acoge, asimismo, pluralidad docente.

Termino de escribir esta presentación en mayo de 2021, en medio del peor pico de la pandemia de la covid-19 y de la peor crisis social y económica de las últimas décadas, pero también de una enorme movilización social que, pese a sus complejidades, aciertos y descabros, deja ver una democracia vibrante. Y me pregunto por el rol docente en todo esto. Me pregunto cómo hemos, todos, bebido de nuestros maestros en coyunturas históricas distintas y del valor que se deriva de ello. Este libro me ha ayudado a pensar en eso.

Los autores se interesan por mostrar que las trayectorias sociales y académicas de los docentes dejan ver sus disposiciones en el aula. También los diversos desarrollos de su labor profesional y cómo esto habla de la calidad de su trabajo. En un contexto que devalúa la educación y la labor docente, esta es una idea esperanzadora porque pone en el centro del análisis lo que los docentes son y cómo han logrado constituirse en sujetos intelectuales y sociales con fines educativos.

El libro rescata la trayectoria individual y social del maestro relacionada con diversos asuntos subjetivos, familiares, sociales, políticos y culturales que determinan su función, es decir, se centra en el maestro como actor social. Se pregunta por las condiciones de educabilidad con las que el maestro ingresa en el aula y esto puede ayudar a comprender los efectos que su trabajo tiene sobre la educación de la niñez y la juventud en la actualidad. Así, un sistema educativo que apoye al maestro en el curso de sus trayectorias iniciales para

desarrollar las disposiciones académicas e intelectuales garantiza una mejor calidad educativa. Además, se pregunta por los capitales culturales, por la manera en que esos docentes han sido formados y cómo a partir de ello están en condiciones para educar.

Quien forma expresa en su quehacer todos sus capitales y de ellos bebemos quienes nos educamos en un proceso histórico-cultural sin fin. Es inevitable, en el juego del aprendizaje, incorporar nuevos capitales en un proceso de hibridación de saberes que va mucho más allá de los saberes académicos. Todo ser humano bebe de la fuente de quienes son sus maestros. No pasa igual en otras disciplinas con las que se tiene contacto puntual y, por tanto, no son, necesariamente, estructurantes del ser. De ahí la desgracia de una sociedad que no genera condiciones tales que sus maestros desarrollen los mayores capitales posibles, que son, como he dicho, la moneda de cambio del proceso educativo.

Más específicamente, a medida que me detuve en los distintos apartados del texto, fui invitada a pensar varios asuntos: la dimensión social del ser docente, una aproximación desde la idea de los capitales con los que cuentan los maestros y las representaciones del oficio, las condiciones objetivas del oficio docente y el maestro y su rol político y democrático.

Un primer asunto es que pude tener una aproximación a la docencia no solo desde su dimensión individual, sino profundamente social, a pensar el docente como perteneciente a gremios y sectores que impactan las instituciones como un todo. Es una mirada integral que sugiere el tránsito no de sujetos sino de grupos, de relaciones e interacciones que dan sentido a los procesos que ellos dinamizan. Así, desde la perspectiva relacional, el eje no es solo quién es el sujeto docente, sino cómo a través de ellos se conforma lo social. Y, por otra parte, cómo se configuran los márgenes de acción de quienes entienden que su función social excede el aula de clase y se asume como sujeto político capaz de incidir en las más diversas esferas del orden social. Así, el docente no es el de ciencias, matemáticas o lenguajes, sino el que configura el *ethos* y el *zoon politikón*.

No es menor señalar que esto tiene un gran valor en una sociedad que tiende a la tecnificación del trabajo. La perspectiva que nos ofrece el libro va mucho más allá de la técnica educativa que proponen las nuevas tendencias en la formación de maestros, algunas de ellas excesivamente centradas en el desarrollo de competencias para el trabajo docente y estrictamente referidas a la técnica

del diseño curricular, de la evaluación o la didáctica desprovista del fin último educativo y del análisis del contexto.

El segundo asunto me llevó a fijar la mirada en la perspectiva analítica de los autores, quienes, por una parte, se centran en la idea bourdeana de que el capital se acumula e incorpora alrededor de ejes económicos, sociales y culturales, y, por otra, en la durkheimiana que dio origen a la noción de *representaciones sociales* y que los autores entienden como “el conjunto sistemático de ideas producidas y compartidas por sujetos sociales (individuales y colectivos), direccionadas con un sentido (significativo, comprensivo) a propósito de determinados objetos de representación (materiales, inmateriales, problemas, situaciones, etc.) susceptibles de ser comunicados o simbolizados”.

El análisis de esos sistemas compartidos les permite recoger autopercepciones de los maestros en torno a su papel social, al valor de su trabajo en la formación de autonomía, a su rol frente al pensamiento crítico, la comunicación y la resolución de conflictos, que son temas que van mucho más allá del saber disciplinar y que pueden estar hablando de un giro no solo en la percepción, sino en la acción docente de la que beben las nuevas generaciones.

Por otra parte, independiente de que se defienda o no la idea de vocación docente recogida y trabajada por los autores, hay en estas representaciones descritas una cierta idea de valoración del oficio como causa noble, justa y positiva de la que se deriva el orgullo por pertenecer. Puede no haberse dado previamente a la elección del oficio, pero, sin duda, opera ahora como motor para enaltecer el trabajo, y eso no es menor en un oficio poco valorado, desprestigiado y mal remunerado que, sin embargo, puede estar marcando diferencias y movilidad social ascendente.

Por otra parte, el libro pone de relieve las representaciones derivadas de relación entre la calidad de la educación que el docente logra, el ascenso laboral y el prestigio, y esto no es un asunto menor. El desprestigio de la labor viene dado por el desempeño medido en pruebas estandarizadas, pero también se mira otro tipo de procesos como el nivel con el que salen los niños, niñas y jóvenes que enfrentan educación superior o formación técnica, y la formación de ciudadanos en la era globalizada y digitalizada. Los logros (y limitaciones) que se deriven han pasado por manos de maestros, por supuesto, puede hacerse una lectura negativa, pero también puede verse como una ampliación en el ejercicio de la democracia, la participación y la comunicación en la que los

docentes no han tenido un papel menor. De todos estos asuntos, tan variados y tan sustantivos puede devenir la altísima satisfacción que los maestros reportan, aun en medio de tensiones y altas cargas laborales. Es la evidencia de la satisfacción que produce interactuar con seres humanos en edades tempranas, contribuir a su desarrollo y a un cierto sentido de vida, cualquiera que ese sea. De ahí su complejidad y su nobleza.

Un tercer asunto que el libro sugiere tiene que ver con la estrecha relación entre asuntos políticos, institucionales y personales que determinan las representaciones y los capitales en los maestros. Los autores hacen un reconocimiento de la relevancia del contexto histórico-espacial que buena falta le hace a una ciudad que no tiene amplios datos para describir la población docente. También muestran la segregación urbana y cómo desde el espacio se determina la exclusión que deviene en la educación, pero que también excluye en muchos otros sentidos. Esa exclusión geográfica, social y económica se traduce en instituciones oficiales concentradas en sectores vulnerables y afectadas por serios problemas de cobertura y calidad. En medio, el estudio da cuenta de un oficio altamente feminizado y de cómo se excluye a las mujeres de cargos directivos, de un oficio que responde a dinámicas complejas derivadas de distintos estatutos docentes que operan simultáneamente, lo que genera condiciones desiguales para el trabajo actual. Pero también de cierta estabilidad contractual, con salarios máximos, un poco por debajo de cuatro salarios mínimos legales vigentes (SMMLV), en el mejor de los casos, pero que también devela enorme disparidad salarial. Habla de maestros residentes de estratos 2 y 3 con altas tasas de pluriempleo, alta rotación entre instituciones educativas (IE), con un cierto acceso a compra de vivienda propia y carro, y en general de procesos económicos tendientes a la estabilidad. Da cuenta, asimismo, de maestros y maestras con hogares relativamente estables, que reportan adecuadas calidades en viviendas, con creencias religiosas diversas y vinculados fundamentalmente a tareas de aula.

Como bien señalan los autores, los capitales son formados a través de la hibridación de distintos asuntos como procesos educativos, esfuerzos individuales, políticas públicas e institucionales que apoyan su desarrollo, y que son fundamentales para la consolidación de capitales que se oponen a la desgracia de los bajos capitales heredados de las personas que optan por estos oficios nobles. Este estudio valora eso que suele ser invisible. Justamente, lo visibiliza.

De los datos se deriva que los maestros y las maestras provienen mayoritariamente de sectores populares, lo que los dota de ciertos capitales y habilidades afines: seguramente les hace hábiles en la lectura de contextos difíciles y la adaptación docente a ellos, les confiere sensibilidad social, valoración por la diversidad étnica, económica y cultural, pero también es probable que los haga ver mundos más acotados, menos globalizados e interconectados, y limitados por la ausencia de bilingüismo. Todas estas hipótesis sobre lo que alcanza a ver o no un maestro que porta sus propios capitales da cuenta de la diversidad del gremio y de lo inevitable de que esto se refleje en su oficio.

Por eso, el tránsito académico de los maestros es fundamental, pues se convierte en un elemento reestructurante de los capitales heredados. La desgracia de este país es que hay una relación perversa entre peores desempeños en pruebas estandarizadas, peores desempeños escolares y matrícula en licenciaturas en universidades de bajo perfil académico. Es el acercamiento al saber pedagógico de donde provienen las estructuras académicas e intelectuales que, sumadas a las amplias trayectorias y experiencias, dejan ver la consolidación de los capitales bajo el principio de que nunca se deja de aprender y de que las prácticas docentes son una ruta vital para el aprendizaje.

Y destacan el valor de aprender de la vida, de las precariedades, de haber escalado más allá de sus padres, de estudiar en medio del trabajo y de los retos de salir adelante. La perversa relación entre el capital económico y la escogencia de universidad de baja calidad devela, además, la necesidad de continuar fortaleciendo alternativas de alta calidad y aportar a formar docentes de alto nivel para impactar positivamente el valor público de la educación.

Además, el libro deja ver que pareciera que el oficio docente invita a otro tipo de vías para el cultivo de esos capitales como la lectura el consumo de medios, música, cine, música, viajes, deportes, bibliotecas o cualquier forma de ocio productivo, pero se trata de bienes escasos entre el grupo estudiado.

Finalmente, un quinto asunto y tal vez el aporte que me resulta más interesante es el del rol del maestro como sujeto político para la democracia y la ciudadanía, que se deriva de la vida cotidiana en la escuela y la manera en que, inevitablemente, desde ahí se forma a los estudiantes. El manejo inevitable de los conflictos inherentes al sistema educativo son un escenario vital para este tipo de aprendizajes. Y esto no es menor si se considera el desarrollo de sus capitales políticos que provienen de sus amplias experiencias de organización

en distintos niveles; desde los más elementales para el trabajo cooperativo del aula de clase, ser elegidos permanentemente como jurados de votación, ejercer el derecho al voto, vivir en medio de decisiones políticas permanentes, hasta los más sofisticados y relacionados con distintos niveles de participación en agremiaciones y hacer parte de procesos de movilización sociopolítica como parte constitutiva del oficio.

La escuela como lugar socializador no puede esquivar el papel de formar sujetos no solo en competencias básicas como lectura, escritura o matemática, que, sin duda, son centrales, sino en ser el mediador del saber social y el académico, y ahí radica su valor principal: un maestro que se sabe mediador es quien es capaz de aceptar y enfrentar que es un actor más de la construcción del sujeto dentro del todo social, por tanto, sabe que ese sujeto que llega al aula es un sujeto que proviene de la calle, del barrio, del país, de la familia, de los medios, de las redes, y que inevitablemente ese ser complejo ha de ser asumido y acompañado en su desarrollo. Es, en suma, un ciudadano en formación.

Así, transitando por la descripción de los contextos educativos de la ciudad, altamente complejos y desiguales, portando sobre sí sus historias que los hacen los sujetos sociales que son, reconociendo sus diversos capitales académicos y sus trayectorias formativas, conociendo su propia valoración del oficio y las formas objetivas en que laboran, acercándose a sus formas de consumo y bienes culturales, valorando su capacidad de gestión política y pública, reconocemos, con este valioso libro, el tipo de maestro de la ciudad.

Por todo lo que he descrito, creo que vale la pena leer el libro, explorar sus páginas y sus datos, entrar en sus análisis y usarlos para entender la compleja realidad del sistema educativo de la Cali de hoy, tan preocupante y a la vez tan esperanzador. Este es el relato de cómo los docentes ven representado su oficio y cómo describen sus capitales y esa tarea importante ha sido realizada con el rigor y la pertinencia que caracteriza a estos dos investigadores y amigos.

**Ana Lucía Paz R.**  
Universidad Icesi